

—Hortensia tiene razón—dijo Wenceslao abrazando á su mujer.

—Gracias, amigo mío—respondió la joven en el colmo de la dicha.—Mira, Isabel, mi marido es un ángel: no juega, vamos juntos á todas partes, y si se pusiese á trabajar, yo sería demasiado feliz. ¿Por qué presentarnos en casa de la querida de nuestro padre, en casa de una mujer que le arruina y que es causa de las penas que matan á nuestra heroica madre?

—Hija mía, la ruina de tu padre no proviene de ahí. Lo que le ha arruinado es la cantante y después tu matrimonio—respondió la prima Bel.—¡Dios mío! la señora Marneffe le es muy útil... créelo... pero, en fin, no quiero decir nada.

—Querida Bel, tú defiendes á todo el mundo.

Hortensia fué llamada al jardín por los gritos de su hijo, é Isabel se quedó sola con Wenceslao.

—Wenceslao, tiene usted una mujer que es un ángel—dijo la prima Bel.—Quiérala usted mucho y no le dé ningún disgusto.

—Sí, la amo tanto, que le oculto nuestra situación—respondió Wenceslao;—pero á usted, Isabel, ya puedo hablarle con franqueza. Mire, aunque empeñásemos los diamantes de mi mujer, no habríamos adelantado un paso.

—Pues bien, pídale usted prestado á la señora Marneffe—dijo Isabel.—Si no logra usted que Hortensia le permita venir, venga sin que ella lo sepa.

—Eso es lo que pensaba hacer cuando me negué á ello para no afligir á Hortensia—respondió Wenceslao.

—Escuche usted, yo les quiero demasiado á los dos para no prevenirle el peligro. Si viene usted, procure cogerse el corazón con las dos manos, porque esa mujer es un demonio. Todos los que la ven, la adoran; es tan viciosa, tan atractiva, que fascina como una obra de arte. Pídale el dinero prestado y procure no dejarle el alma en prenda. Jamás me consolaría si llegase usted á serle infiel á mi prima. Aquí viene—exclamó Isabel,—no digamos nada, ya arreglaré yo este asunto.

—Abraza á Isabel, ángel mío—dijo Wenceslao á su mujer,—ella nos sacará de apuros prestándonos sus economías.

—Entonces, espero que trabajarás, ¿verdad?—dijo Hortensia.

—¡Ah! desde mañana—respondió el artista.

—Ese mañana es el que nos arruina—respondió Hortensia sonriéndole

—¡Ah! querida mía, di tú misma si no me hê encontrado siempre con impedimentos, con obstáculos y con negocios.

—Sí, tienes razón, amor mío.

—Yo tengo aquí grandes ideas y quiero llenar de asombro á mis enemigos—repuso Steimbock golpeándose la frente.—Quiero hacer un servicio de mesa de estilo alemán, del siglo xvi. Arrollaré hojas llenas de insectos y pondré sobre ellas niños recostados, todo ello mezclado con quimeras nuevas, con verdaderas quimeras. Ya lo tengo pensado. Será sencillo, ligero y elocuente á la vez. Chanor ha salido maravillado... Yo necesitaba ser animado por alguien, pues el último artículo que hicieron acerca del mariscal Montcornet, me había cortado las alas.

Durante un momento del día en que Wenceslao é Isabel estuvieron solos, el artista convino con la solterona en ir al día siguiente á ver en secreto á la señora Marneffe, en el caso de que su mujer no se lo permitiera.

CAPÍTULO XXII

Artista, joven y polaco, ¿qué queráis que hiciese?

Valeria, concedora aquella misma noche de este triunfo, le exigió al barón Hulot que fuese á invitar á comer á Stidman, á Claudio Vignon y á Steimbock, pues comenzaba á tiranizarle como saben tiranizar esa clase de mujeres á los ancianos que corren de un lado á otro y van á pedir favores á aquellos que son necesarios á los intereses y á las vanidades de estas duras amantes.

Al día siguiente Valeria se preparó haciéndose uno de esos tocados que inventan las parisienses cuando quieren ostentar todas sus gracias. La joven se contempló como contempla el hombre que va á batirse sus armas y sus municiones. Ni un pliegue, ni una arruga. Valeria gozaba de toda su blancura y de toda su delicadeza. Sus lunares atraían insensiblemente la mirada. Aquellos sublimes esfuerzos, aquellos Austerlitz de la coquetería, originan modas para el amor que son adoptadas por las esferas inferiores cuando

as superiores empiezan ya á buscar otras. Aquella noche en que Valeria quería vencer, se pintó tres lunares y se peinó con una agua que cambió sus cabellos rubios en cabellos cenicientos. La señora Steimbock tenía el cabello de un color rubio ardiente, y Valeria no quería parecersele en nada. Aquel nuevo color del pelo comunicó algo de picante y de extraño á Valeria, la cual llegó á preocupar á sus amantes de tal modo, que Montes le dijo:

—¿Qué tiene usted esta noche?

Valeria se puso, además, en medio de sus pechos un bonito ramillete, y era su belleza tan excitante que no hubiese habido hombre de menos de treinta años que no hubiese bajado los ojos al verla.

—Estoy encantadora—se dijo mirándose al espejo.

Isabel había ido al mercado, y la comida había de ser uno de esos banquetes superfinos propios de elevada gente de iglesia.

Stidman, Claudio Vignon y el conde de Steimbock, llegaron casi juntos á eso de las diez. Una mujer vulgar ó natural se hubiese presentado en seguida al oír el nombre del ser tan ardientemente deseado; pero Valeria, que hacía cinco horas que esperaba en su cuarto, dejó solos á sus tres convidados, segura de ser objeto de su conversación ó de sus pensamientos secretos. Ella misma, al dirigir el arreglo de su salón, había puesto en evidencia esas deliciosas insignificancias que produce París y que revelan á la mujer y la anuncian hasta cierto punto. Recuerdos de esmalte adornados con perlas, copas llenas de encantadores anillos, obras maestras de Sevres ó de Sajonia montadas con un gusto exquisito por Florent y Chanor, en fin estatuitas y albums y todas esas chucherías que valen enormes sumas y que son encargadas por la pasión, en su primer delirio ó en su última reconciliación. Por otra parte, Valeria se hallaba bajo la impresión que causa el éxito; le había prometido á Crevel ser su mujer si Marneffe se moría. Ahora bien, el enamorado Crevel había colocado á nombre de Valeria Fortín los diez mil francos de renta, importe de sus ganancias en los negocios de ferrocarriles de tres años á aquella parte, es decir todo lo que había producido el capital de cien mil escudos que había ofrecido á la baronesa Hulot. Valeria poseía, pues, treinta y dos mil francos de renta. Crevel acababa de hacerle una promesa que tenía mucha más impor-

tancia que todo lo que le había dado hasta entonces. En el paroxismo de la pasión en que la duquesa le había sumido (tal era el nombre que daba á la señora de Marneffe para completar sus ilusiones) le dijo, ó le dejó ver la posibilidad de comprarle un palacio que un imprudente constructor había edificado en la calle de Barbete y que iba á ser puesto en venta. Valeria se veía ya en aquella encantadora casa entre patio y jardín y arrastrando coche.

—¿Qué vida honrada puede procurar todo esto en tan poco tiempo y con tanta facilidad? —le había dicho á Isabel.

Isabel comía aquel día en casa de Valeria á fin de poder decirle á Steimbock lo que nadie puede decirse á sí mismo de sí. La señora Marneffe, con la figura radiante de felicidad, hizo su entrada en el salón con una gracia modesta, seguida de Bel, la cual, vestida toda de negro y de amarillo, le servía para realzar aún más sus gracias.

—Buenos días, Claudio—dijo tendiendo la mano al anti-guo y célebre crítico.

Como tantos otros, Claudio Vignon se había convertido en político, palabra nueva que servía para designar á un ambicioso en la primera etapa de su carrera. El político de 1840 es en cierto modo el cura del siglo XVIII. Ningún salón estaría completo sin un político.

—Querida mía, aquí tienes á mi primito el conde de Steimbock—dijo Isabel presentando á Wenceslao, que parecía pasar desapercibido para Valeria.

—Sí, ya he reconocido al señor conde—dijo Valeria haciendo con la cabeza un gracioso saludo al artista.—Le veía á usted con frecuencia en la calle de Doyene, y he tenido el gusto de asistir á su matrimonio. Querida mía—dijo á Isabel—es difícil olvidar á tu antiguo hijo, cuando se le ha visto una vez. El señor Stidman ha sido muy complaciente en aceptar mi invitación—repuso saludando al escultor.—Ya sabía que era usted amigo de estos dos señores, y como no hay nada más frío que una comida en la que los convidados no se conocen, he querido que estuviese usted aquí por ellos; pero otra vez vendrá usted por mí, ¿verdad?

Dicho esto, se paseó algunos instantes con Stidman, pareciendo únicamente preocupada de él. Se anunció sucesivamente á Crevel, al barón Hulot y á un diputado llamado Beauvisage. Este personaje, un Crevel de provincias, uno de esos hombres que han venido al mundo para hacer bulto,

militaba bajo la bandera del consejero de Estado Giraud y de Victorino Hulot. Estos dos políticos querían formar un partido intermedio de progresistas en la gran falange de los conservadores. Giraud iba á veces por la noche á casa de la señora Marneffe, la cual se alababa de tener también á Victorino Hulot; pero el abogado puritano había hasta entonces encontrado pretextos para oponer resistencia á su suegro. Presentarse en casa de la mujer que era la causa de las lágrimas de su madre, le pareció un crimen. Victorino Hulot era á los puritanos de la política lo que una mujer piadosa es á las devotas. Beauvisage, antiguo gorrero de Arcis, quería iniciarse en la vida de París. Este hombre, que era uno de los zoquetes de la cámara, se formaba en casa de la deliciosa y encantadora señora Marneffe, donde seducido por Crevel, aceptó á éste por maestro y por modelo, lo consultaba en todo, le pedía la dirección de su sastré, le imitaba y procuraba adquirir sus posiciones. Valeria, rodeada de todos estos personajes y de los tres artistas, le pareció á Wenceslao una mujer tanto más distinguida cuanto que Claudio Vignon le elogió á la señora de Marneffe como hombre enamorado.

—Es una señora Maintenon—le dijo el antiguo crítico.—Agradarla es cuestión de una noche en que se esté de chispa; pero ser amado por ella es un triunfo que puede halagar el orgullo de un hombre y ocupar su vida.

Valeria, fría é indiferente en apariencia con su antiguo vecino, atacó su vanidad sin saberlo, pues desconocía el carácter polaco. Hay en el eslavo un algo pueril como en todos los pueblos primitivamente salvajes que habiendo hecho irrupción en las naciones civilizadas, no se han civilizado realmente. Esta raza se ha extendido como una inundación y ha cubierto una inmensa superficie del globo. Habita desiertos cuyos espacios son tan vastos que vive uno allí á sus anchas, y como no se roza, como en Europa, con los demás pueblos, su civilización resulta imposible. Ucrania, Rusia, las llanuras del Danubio y el pueblo eslavo, son un punto de unión entre Europa y Asia, entre la civilización y la barbarie. Polonia, la fracción más rica del pueblo eslavo, tiene en el carácter puerilidades y la inconstancia de las naciones imberbes. Posee el valor, el talento y la fuerza, pero heridos de inconsistencia su valor, su fuerza y su talento no tienen método, pues los polacos ofrecen una

movilidad semejante á la del viento que reina en aquella inmensa llanura plagada de pantanos; si tiene la impetuosidad de los ventisqueros que derriban las casas, también tiene su escasa duración. El hombre toma siempre algo de los medios en que vive; en guerra continua con los turcos, los polacos han adquirido el gusto de las magnificencias orientales, sacrifican á veces lo necesario para brillar, se adornan como mujeres, y sin embargo el clima les ha dotado de la dura constitución de los árabes. El polaco, sublime en el dolor, ha cansado el brazo de sus opresores á fuerza de dejarse golpear, reanudando en el siglo XIX el espectáculo que ofrecieron los cristianos. Introducید un diez por ciento de socarronería inglesa en el carácter polaco tan franco y tan abierto, y la generosa águila blanca reinaría hoy en todas las partes en que reina el águila de dos cabezas. Un poco de maquiavelismo hubiera impedido á Polonia el salvar á Austria que la ha repartido, el pedir prestado á Prusia que la ha minado y el dividirse en el momento del primer reparto. En el bautizo de Polonia, una hada olvidada por los genios que atribuían á esta seductora nación las más brillantes cualidades, llegó sin duda á decir: «Conserva todos los dones que mis hermanas te han dispensado; pero tú no serás nunca lo que deseas». Si Polonia hubiese triunfado en su duelo heroico con Rusia, los polacos se batirían entre sí hoy como antaño en sus dietas para impedirse los unos á los otros el ser reyes. El día en que esta nación compuesta únicamente de temperamentos sanguíneos, tenga el buen sentido de buscar un Luis XI en sus entrañas y de aceptar la tiranía y la dinastía, quedará salvada. Lo que Polonia fué en política lo son la mayor parte de los polacos en su vida privada, sobre todo cuando llegan los desastres. Wenceslao Steimbock, que hacía tres años que adoraba á su mujer y que sabía que era un dios para ella, se sintió tan herido en su amor propio al ver que pasaba casi desapercibido para la señora de Marneffe, que se propuso obtener de ella alguna atención. Comparando á Valeria con su mujer, dió preferencia á la primera. Hortensia era una buena moza, como decía Valeria á Isabel, pero la señora Marneffe poseía, además, la delicadeza de las formas y el atractivo del vicio. La abnegación de Hortensia es un sentimiento que para un marido llega á carecer de valor, pues suele ocurrir con él como ocurre con el dinero recibido á préstamo, dinero que el deudor llega á creer suyo al cabo de

algún tiempo. Esta sublime lealtad se convierte en cierto modo en el pan cotidiano del alma, y la infidelidad seduce como una golosina. La mujer desdenosa irrita la curiosidad del mismo modo que las especies revelan la buena carne. El desprecio tan bien fingido por Valeria, era, además, una novedad para Wenceslao, sobre todo después de tres años de fáciles placeres. Hortensia fué la mujer y Valeria fué la querida. Muchos hombres quieren tener estas dos ediciones de la misma obra, á pesar de ser una prueba de inmensa inferioridad en un hombre el no saber hacer de su mujer su querida. La variedad en este género es una prueba de impotencia. La constancia será siempre el genio del amor, el indicio de una fuerza inmensa, lo que constituye al poeta. La mujer propia debe encarnar á todas las mujeres.

—¿Y qué le parece á usted de Valeria?—dijo Isabel á su primo en el momento en que le vió fascinado.

—Demasiado encantadora—respondió Wenceslao.

—Usted no quiso escucharme—repuso la prima Bel.—¡Ah! Wenceslao mío, si usted hubiera permanecido á mi lado sería el querido de esa sirena, se hubiera casado con ella al quedar viuda y serían suyos los cuarenta mil francos de renta que ella tiene.

—¿De veras?

—¡Ya lo creo!—respondió Isabel.—Bueno, ahora tenga usted cuidado, yo ya le prevengo el peligro y no vaya á ser que se quemé. Déme usted el brazo, que ya está la mesa puesta.

Ningún discurso podría ser más desmoralizador que éste, porque no tenéis más que enseñar un abismo á un polaco para que se arroje á él en seguida. Este pueblo tiene sobre todo el genio de la antigua caballería, y cree poder vencer todos los obstáculos y salir victorioso de ellos. Este espeluzo dado por Isabel á la vanidad de su primo fué apoyado por el espectáculo del comedor, donde brillaba un magnífico servicio de plata y donde Steimbock pudo ver todas las delicadezas del lujo parisiense.

—Más me hubiera valido casarme con ésta—se dijo para sus adentros.

Durante aquella comida, Hulot, contento de ver allí á su yerno, y más satisfecho aún de la certidumbre de una reconciliación con Valeria, estuvo encantador. Stidman respondió á la amabilidad del barón con su chispeante gracia de artista.

Steimbock no quiso dejarse eclipsar por su compañero y desplegó su ingenio, tuvo grandes salidas, é hizo tanto efecto, que quedó contento de sí mismo. La señora Marneffe le sonrió varias veces demostrándole que le comprendía. La comida y los vinos generosos acabaron de sepultar á Wenceslao en lo que es preciso llamar el lodazal del placer. Un poco alegre por el vino, Wenceslao, después de comer, fué á tenderse sobre un diván, en medio de una felicidad física y espiritual, que fué llevada al colmo por la señora Marneffe, yendo á sentarse á su lado, ligera, perfumada y en un estado capaz de condenar á los ángeles. La libertina se inclinó hacia Wenceslao, y le rozó casi la oreja para hablarle en voz baja.

—Esta noche no podemos hablar de ciertos asuntos, á menos que no quiera ser usted el último en marcharse. Entre usted, Isabel y yo, arreglaremos las cosas á su gusto.

—¡Ah, señora, es usted un ángel!—dijo Wenceslao respondiéndole de la misma manera;—he hecho una tontería en no escuchar á Isabel.

—¿Qué le decía á usted Isabel?

—Me aseguraba, en la calle de Doyene, que usted me amaba.

La señora Marneffe miró á Wenceslao, fingió estar confusa y se levantó bruscamente. Una mujer joven y bonita no ha despertado nunca impunemente en un hombre la idea de un éxito inmediato. Aquel arranque de mujer virtuosa, reprimiendo una pasión guardada en el corazón, era mil veces más elocuente que la declaración más apasionada.

De esta suerte los deseos de Wenceslao fueron tan vivamente irritados, que el polaco redobló sus atenciones para con Valeria. Mujer vista, mujer deseada. De ahí proviene el terrible poder de las actrices. La señora Marneffe, al saber que era observada, obró como una actriz aplaudida, estuvo encantadora y obtuvo un triunfo completo.

—No me asombran las locuras de mi suegro—dijo Wenceslao á Isabel.

—Wenceslao—respondió la prima—si habla usted de ese modo, me arrepentiré toda la vida de haberle prestado esos diez mil francos. ¿Estará usted, acaso, como todos, enamorado de esa criatura? No olvide que será usted el rival de su suegro. En fin, tenga en cuenta la inmensa pena que le causaría á Hortensia.

—Es verdad—dijo Wenceslao.—Hortensia es un ángel y yo sería un monstruo.

—Sí, basta ya con uno en la familia—replicó Isabel.

—Los artistas no deberían casarse nunca—exclamó Steimbock.

—¡Ah! eso es lo que yo le decía en la calle de Doyene. Sus hijos deben ser los grupos, las estatuas, las obras maestras.

—¿Qué está usted diciendo?—dijo Valeria uniéndose a Isabel.—Sirve el té, prima.

Llevado de su fanfarronería polaca, Steimbock, quiso mostrarse familiar con aquella hada del salón, y después de haber insultado á Stidman, á Claudio Vignon y á Crevel con una mirada, tomó á Valeria de la mano y la obligó á sentarse á su lado.

—Conde Steimbock, es usted demasiado gran señor—le dijo ella resistiéndose un poco.

Y esto diciendo, se echó á reír, dejándose caer á su lado.

—¡Ay de mí! Si fuese gran señor no vendría aquí á pedir prestado.

—¡Pobre muchacho, cómo me acuerdo de sus noches de trabajo en la calle de Doyene! Fué usted un poco tonto. Se ha casado usted sin pensarlo; usted no conoce París. Vea usted cómo se halla. Pero es claro, se mostró usted sordo á la abnegación de Isabel que conoce á París de memoria.

—No me diga más nada—exclamó Steimbock,—bien castigado estoy.

—Mi querido Wenceslao, tendrá usted sus diez mil francos, pero con una condición—dijo jugando con sus admirables rizos.

—¿Cuál?

—Que no quiero intereses.

—Señora...

—¡Oh! no se enfade usted. Sustituirá los intereses por un grupo de bronce. Ya que comenzaba usted la historia de Sansón, acábela. Haga una Dalila cortándole los cabellos al hércules judío. Si quiere usted hacerme caso, yo espero que comprenderá el asunto. Se trata de denotar el poder de la mujer. Sansón allí no es nada; es el cadáver de la fuerza, mientras que Dalila, es la pasión que lo avasalla todo. ¡Qué hermoso es el pasaje de Hércules á los pies de Onfalo

en la mitología griega! ¿Es Grecia la que ha copiado á Judea ó es Judea la que ha sacado este símbolo de Grecia?

—¡Ah señora!—dijo Claudio Vignon, que se aproximó con Stidman al oír que se trataba de escultura.—Promueve usted con esa pregunta una grave cuestión: la de las épocas en que han sido compuestos los libros de la Biblia. El grande é inmortal Espinosa, tan estúpidamente comprendido entre el número de los ateos, no obstante haber demostrado matemáticamente la existencia de Dios, pretendió que el Génesis y la parte política de la Biblia son del tiempo de Moisés, y demostraba las interpolaciones por medio de pruebas filológicas.

—No sabía yo que fuese tan sabia—dijo Valeria contrariada al ver su entrevista interrumpida.

—Las mujeres lo saben todo por instinto—replicó Claudio Vignon.

—Bueno ¿me lo promete usted?—dijo ella á Steimbock.

—Querido mío—exclamó Stidman—¡qué feliz es usted! ¡Cuánto desearía yo que esta señora me pidiese algo!

—¿Y qué es ello?—dijo Claudio Vignon.

—Un pequeño grupo de bronce, Dalila cortándole los cabellos á Sansón.

—Es difícil—advirtió Claudio Vignon—á causa de la cama.

—Al contrario, es excesivamente fácil—replicó Valeria sonriéndose.

—¡Ah! hablemos de la escultura—dijo Stidman.

—¿Es la señora la que ha de ser esculpida?—replicó Claudio Vignon dirigiendo á Valeria una maliciosa mirada.

—Bueno—dijo ésta,—he aquí cómo concibo yo la composición. Sansón se ha despertado sin cabellos, como muchos dandys que los llevan postizos. El héroe yace al borde de la cama, como Mario sobre las ruinas de Cartago, con los brazos cruzados y la cabeza afeitada. Dalila está arrodillada, poco más ó menos en la misma postura que la Magdalena de Cánova. Cuando una muchacha ha arruinado á su hombre, le adora. A mi juicio la judía temió al Sansón terrible y poderoso, pero tuvo que amar al Sansón débil. Dalila deplora, pues, su falta, quisiera devolver á su amante sus cabellos, no se atreve á contemplarle, y le mira sonriendo, porque ve su perdón en su debilidad. Este grupo y el de la Judit dan una explicación de la mujer: la virtud corta la cabeza y el

vicio no corta más que los cabellos. Conque, cuidadito, señores, con sus tupés.

Y dicho esto, dejó confundidos á los dos artistas, los cuales, en unión del crítico, hicieron un concierto de alabanzas en su honor.

—No es posible ser más deliciosa,—exclamó Stidman.

—¡Oh!—dijo Claudio Vignon—es la mujer más inteligente y más deseable que yo he visto. ¡Es tan raro reunir la belleza y el talento!

—Si usted, que ha tenido el honor de conocer íntimamente á Camilo Maupín, dice usted lo que dice, ¿qué pensamos nosotros?—respondió Stidman.

—Si quiere usted hacer de Dalila un retrato de Valeria, mi querido conde—dijo Crevel que había dejado el juego por un momento y que lo había oído todo,—le pago mil escudos por un ejemplar de su grupo. ¡Oh! sí ¡diantre! mil escudos, me corro.

—¡Me corro! ¿qué quiere decir eso?—preguntó Beauvillage á Claudio Vignon.

—Sería preciso que la señora sirviese de modelo—dijo Steimbock á Crevel señalándole á Valeria.—Pregúnteselo.

En este momento Valeria llevaba una taza de té á Steimbock. Esto era más que una distinción, era un favor. En la manera como una mujer ejecuta esta función hay un lenguaje; y las mujeres lo saben bien. Así es que hay que estudiar con curiosidad sus movimientos, sus gestos, sus miradas, sus tonos, su acento, cuando cumplen este acto de cortesía tan sencillo en apariencia. Desde la pregunta: ¿Toma usted té? ¿quiere usted té? ¿Una taza de té? friamente formuladas; de la orden de hacerlo distribuir á la ninfa que tiene la tetera, hasta el enorme poema de la odalisca yendo de la mesa del té, con la taza en la mano, hasta el pachá del corazón y presentándose con aire sumiso, ofreciéndosela con voz cariñosa y con una mirada llena de promesas voluptuosas, un fisiólogo puede observar todos los sentimientos femeninos, desde la aversión y la indiferencia, hasta la declaración de Fedro á Hipólito. Las mujeres pueden hacerse aquí, á voluntad, despreciativas hasta el insulto, humildes hasta la esclavitud oriental. Valeria fué más que una mujer, fué la serpiente hecha mujer, acabó su obra diabólica, encaminándose hacia Steimbock con una taza de té en la mano.

—Tomaría—dijo el artista á Valeria al oído, levantándose

y rozando sus dedos con los de Valeria—tantas tazas de té como usted quisiese ofrecirme, para ver presentármelas así.

—¿Qué habla usted de servir de modelo?—preguntó ella sin parecer haber recibido en el corazón aquella explosión tan rabiosamente esperada.

—El padre Crevel me compra por mil escudos un ejemplar del grupo de usted.

—¿Él, mil escudos por un grupo?

—Sí, si quiere usted servir de modelo de Dalila—dijo Steimbock.

—No será verdad—repuso ella;—el grupo valdría más que su fortuna, pues Dalila debe estar un poco escotada.

Del mismo modo que Crevel tomó una posición favorita, todas las mujeres tienen una actitud victoriosa, una posición estudiada, en la que se hacen admirar irresistiblemente. Hay algunas que pasan su vida en los salones mirando el encaje de sus camisetas y poniendo en su lugar las hombrillas de sus vestidos, ó bien en hacer jugar el brillo de sus pupilas contemplando las cornisas. La señora Marneffe no triunfaba de pronto como todas las demás. Se volvió bruscamente para ir á la mesa del té á encontrar á Isabel, y este movimiento de bailarina agitando su vestido, con el cual había conquistado á Hulot, fascinó á Steimbock.

—Tu venganza es completa—dijo Valeria á Isabel al oído.—Hortensia llorará á mares y maldecirá el día en que te quitó á Wenceslao.

—Hasta que no sea la señora mariscal, no habré hecho nada—respondió la loresena;—pero ya empiezan todos á quererlo. Esta mañana he ido á casa de Victorino. Me he olvidado de contarte esto. Hulot hijo ha comprado á Vauvinet las letras de cambio del barón, y suscribirá mañana una obligación de setenta y dos mil francos al cinco por ciento de interés, reembolsables en tres años, con hipoteca sobre su casa. Ya tienes á Hulot hijo apurado para tres años, le será imposible ahora encontrar dinero sobre esa propiedad. Victorino está horriblemente triste, ha comprendido á su padre. En fin, Crevel es capaz de no ver más á sus hijos, tanto se enojará al ver esta abnegación.

—El barón debe estar ahora sin recursos—dijo Valeria al oído á Isabel, sonriendo á Hulot.

—No veo de dónde pueda sacar dinero ahora; pero volverá á cobrar su sueldo en el mes de septiembre.

—Tiene su póliza de seguro, la ha renovado. Vaya, ya es tiempo de que haga á Marneffe jefe de negociado, voy a asesinarle esta noche.

—Primo mío—fué á decir Isabel á Wenceslao,—retírese, se lo ruego. Está usted ridículo, mira usted á Valeria de un modo comprometedor para ella, y su marido es horriblemente celoso. No imite usted á su suegro y váyase á su casa; estoy segura de que Hortensia le espera.

—La señora Marneffe me ha dicho que me quedara el último para arreglar entre nosotros tres nuestro negocio—respondió Wenceslao.

—No—dijo Isabel,—voy á devolverle los diez mil francos, pues su marido tiene los ojos fijos en usted y sería imprudencia que se quedase. Mañana á las nueve traiga la letra de cambio; á esa hora ese chino de Marneffe está en su oficina, Valeria está tranquila... ¿Le ha pedido usted que le sirviese de modelo para un grupo?... Antes entre usted en mi casa. ¡Ah! ya sabía yo que era usted un libertino en germen—dijo Isabel sorprendiendo la mirada con que saludó Steimbock á Valeria.—Valeria es muy hermosa, pero procure no disgustar á Hortensia.

Nada irrita á los casados como el encontrar en todo tiempo á su mujer entre ellos y un deseo, aunque éste sea pasajero.

CAPÍTULO XXIII

La primera disputa de la vida conyugal

Wenceslao volvió á su casa á eso de la una de la madrugada, Hortensia le esperaba desde las nueve y media. Desde las nueve y media hasta las diez, escuchó el ruido de los coches, diciéndose que jamás Wenceslao, cuando comía sin ella en casa de Chanor y Florent, había entrado tan tarde en casa. Cosía al lado de la cuna de su hijo, pues empezaba á ahorrar el jornal de una obrera, haciendo ella misma ciertas composturas. De las diez á las diez y media, tuvo un pensamiento de desconfianza; y se preguntó:

—¿Habrá ido á comer, como me ha dicho, á casa de Chanor y Florent? Ha querido, para vestirse, su corbata más her-

mosa y su más hermoso alfiler. Ha empleado para vestirse tanto tiempo como una mujer que quiere aparecer más hermosa de lo que es. ¡Estoy loca! me ama. Ya está aquí.

En vez de detenerse, el coche que oyó la mujer, pasó. De las once á las doce, Hortensia se entregó á terrores inauditos, causados por la soledad de su barrio.

—Si ha vuelto á pie, puede haberle ocurrido alguna desgracia. Se mata uno tropezando contra el bordillo de una acera ó no esperando encontrar lagunas. ¡Son tan distraídos los artistas!... ¡Si le habrán atracado!... Esta es la primera vez que me deja sola durante seis horas y media. ¿Por qué he de atormentarme? Sólo me ama á mí.

Los hombres deberían ser fieles á las mujeres que les aman, aunque no fuese más que á causa de los milagros perpetuos producidos por el verdadero amor en el mundo sublime llamado *mundo espiritual*. Una mujer amante está, respecto al hombre amado, en la situación de una sonámbula á quien el magnetizador diese el triste poder, cesando de ser el espejo del mundo, de tener conciencia, como mujer, de lo que ve como sonámbula. La pasión hace llegar las fuerzas nerviosas de la mujer á un estado extático en que el presentimiento equivale á la visión de los videntes. Una mujer sabe que es traicionada, no escucha á nadie, duda, ¡tanto ama! y desmiente el grito de su poder de pitonisa. Este paroxismo del amor debería tener un culto. En los espíritus nobles, la admiración de este divino fenómeno, será una barrera que las separará siempre de la infidelidad. ¿Cómo no adorar á una hermosa, á una espiritual criatura cuya alma llegue á semejante manifestación?... A la una de la madrugada, Hortensia había llegado á tal grado de angustia, que se precipitó hacia la puerta al conocer á Wenceslao en su manera de llamar, y lo cogió entre sus brazos, estrechándole maternalmente.

—¡Al fin, ya estás aquí!...—dijo ella recobrando el uso de la palabra.—Amigo mío, de aquí en adelante iré contigo á donde tú vayas, pues no quiero experimentar por segunda vez la tortura de semejante espera... ¡Te he visto tropezar contra un bordillo y con la cabeza abierta! ¡muerto por ladrones! No, si me sucediera esto otra vez me volvería loca. ¿Te has divertido, pues, mucho... sin mí? ¡vil!

—¿Qué quieres, angelito mío? Estaba Bixiou, que nos ha hecho nuevos cargos; León de Lora, cuyo espíritu no se